

No es este el lugar, ni mi talante personal me lo



**permitiría, para
juzgar sobre la
justicia o la
oportunidad de
una guerra. De
hecho, pienso que
no hay modo de
razonar sobre las
matanzas, las
violaciones o las**

**simples alteraciones de la vida cotidiana que lleva
implícita una contienda armada entre seres humanos. Este
blog contiene, eso sí, una visión en buena medida
sentimental, siempre parcial, de algunos lugares en el
mundo que algún día, en algún momento de mi vida,
quedaron prendidas en el fondo de mis retinas, en lo más
profundo de mi corazón. Y eso es así por más que el
nombre de Dubrovnik, no demasiados años atrás,
estuviera indisolublemente ligado a la confrontación
racial, religiosa, cultural y territorial que tuvo lugar en lo
que fue Yugoslavia y que ahora es un amasijo de
nacionalidades pugnando por sobrevivir.**

Y eso no puedo obviarlo aquí y ahora.

**Y por eso he incluido algunas de las fotos que
acompañan a este reportaje realizadas poco después del
final de la guerra.**

DUBROVNIK, REGRESO DEL CAOS.



UN POSO DE RECUERDOS

Mis recuerdos de
Dubrovnik se
mezclan con lo que
la sensibilidad de
Javier Benítez, un
Coronel del
Ejército Español

destacado entonces en misión de paz -¡Qué hermosa misión para un militar!- en la zona, me contó de la situación tras la guerra de la ciudad. La mayor parte de las fotos que acompañan a este reportaje son de su autoría. Con ambos, comentarios y fotos, me llega un sentimiento agridulce: el recuerdo de la belleza frente a la incomprensible destrucción; pero también es el modo en que en mi mente se agolpan las imágenes del descubrimiento de la que, sin duda, es la más hermosa ciudad medieval que afortunadamente aún puede contemplarse.

Llegué a Dubrovnik en el verano de 1990. Después de un agotador viaje en moto atravesando media España, los increíblemente bellos Alpes marítimos y las llanuras de la Italia Central. La Frontera yugoslava cercana a Koper me abrió las puertas del Adriático oriental. Rijeka, Zadar, Sibenik, Split se desplegaban como realidades ante mí después de tantas lecturas realizadas sobre ellas. La regular carretera costera descubría de tramo en tramo visiones de postal sobre las islas cercanas. Poco a poco a mi paso se desgranaban vestigios de todas la épocas, de todas las civilizaciones: monumentos romanos, barrocos, medievales... Era como una sueño, como algo ajeno a la realidad.

Y de pronto, desde un acantilado que dibujaba la ruta, a mis pies, trasladándome en el tiempo, introduciéndome en un panorama de mil años atrás, una ciudad amurallada, con



un delicado
puertecillo,
sólida,
majestuosa,
inmensa en su
recogimiento:
Dubrovnik. Y
frente a ella,

decorando el Adriático azul, una isla boscosa y recoleta unida a la ciudad mediante múltiples hilos de espuma que dejaban atrás docenas de pequeñas embarcaciones que iban de una a otra. Zurciendo de blanco volátil el entorno.

REGRESO A LA EDAD MEDIA

Luego, una vez que la reparadora ducha de un hotel cercano a la ciudad consiguió hacerme recobrar un aspecto más o menos digno, me apresuré a acercarme hasta aquella "perla" que había contemplado desde lo alto del acantilado.

Desde el nivel del suelo, las murallas resultaban impresionantes, amenazadoras. Con sus veinticinco metros de altura en algunos puntos, fueron levantadas entre los siglos XII y

XIII, en sustitución de otras anteriores más frágiles realizadas



con argamasa y madera. Las necesidades de defensa de la ciudad han sido desde siempre las inversiones mayores que afrontaron los ciudadanos de

Dubrovnik, y las macizas paredes de piedra que veía ante mí eran una buena prueba de ellas.



La ciudad nació desde el miedo a las invasiones bárbaras en época de la decadencia del Imperio Romano de Occidente.

Entonces el solar

de Dubrovnik era una isla rocosa pegada a la costa. A los habitantes de Split y de Epidauro, temerosos de las hordas que llegaban imparables desde el norte, les pareció aquel un lugar seguro donde edificar un nuevo baluarte que protegiera sus vidas. Hacia el año mil, el canal que separaba la isla del continente se había cegado, pero, para entonces, Dubrovnik se había convertido en una ciudad completamente autónoma, dueña de su propio destino, con flota propia, volcada al comercio y

gozando de una posición geográfica que la hacía prácticamente inexpugnable.

O, al menos, eso es lo que pensaban sus habitantes.

Frente a la ciudad, del otro lado del Adriático, Venecia vivía su milenio de oro. No eran concebibles dos localidades casi vecinas repartiéndose el mercado mediterráneo. De nada valieron las alianzas que intentó Dubrovnik con los piratas de Omes o con otras ciudades costeras y del interior, puesto que finalmente el poderío veneciano atravesó las murallas y permaneció controlando la localidad hasta 1358.

Tras el yugo veneciano, Dubrovnik nunca volvió a ser la misma. Se esfumaron sus anhelos de hegemonía junto con las prerrogativas que aún conservaba. A principios del presente siglo pasó a depender de Austria y, desde 1918, definitivamente de la antigua Yugoslavia.

Y hoy...

MEMORIA DEL HORROR



Hoy Dubrovnik quiere revalidar su sueño. Después de ser incomprensible blanco de bombardeos serbios durante la guerra de los Balcanes. Después de contemplar impotente como morían sus habitantes y eran destruidos algunos de sus monumentos más emblemáticos.

Algunos de los documentos gráficos que me trajo Javier tras la guerra mostraban la Placa, la calle principal de la ciudad,

humeando tras la caída de una bomba. En otras era posible contemplar desde el horror agujeros en las techumbres, socavones en el maravilloso pavimento de mármol de las calles, estatuas mutiladas... Y desde estas fotografías pude imaginar el espanto sufrido por sus habitantes, la desazón de ver cómo eran destruidas

impunemente sus casas, sus negocios, sus vidas. Aquellos que se sentían orgullosos de habitar una de las ciudades más maravillosas del



mundo veían perecer todo lo que amaban, todo por lo que habían luchado, todo por lo que habían alcanzado justa fama de ser espléndidos conservadores de un legado sin paralelo en ninguna otra de esas aglomeraciones de seres humanos que, en ocasiones, no pasan de ser un simple conjunto de casas superpuestas sin gracia y sin sentido.

El 6 de Diciembre de 1991, apenas un año después de mi visita, el puerto de la ciudad vieja ardía desprendiendo una densa humareda negra. Casas en llamas, barcos de recreo en llamas, seres humanos en llamas... Dubrovnik en llamas. Blanco perfecto para el que no tenía defensa. Bombas absurdas que llovían desde el único sitio por donde las murallas no podían proteger a la ciudad. Calles vacías. Mentes vacías de sentimientos de quienes ordenaban semejante destrucción. La guerra en torno a Dubrovnik muestra una debilidad característica: la belleza no puede defenderse del horror. Y por eso sucumbe...

ANTES DEL DESASTRE

Pero nada de todo eso era perceptible para el viajero en aquel verano de 1990. Más bien al contrario: Dubrovnik era un congreso de multitudes venidas de todos los rincones del planeta. Nada más traspasar las murallas por la Puerta de Pile se accedía a un grotesco espectáculo: El contraste de las rectilíneas callejas



que salían de la Placa, con el genuino aspecto de provenir directamente del medieval, frente a una chocante aglomeración de turistas de pantalón corto (aunque yo

fuera uno de estos últimos). Minúsculos carteles anunciaban la presencia furtiva de restaurantes italianos que ocupaban todos los bajos disponibles de las callejas. Banderas pendían de las plantas altas de los edificios. Y todo el ambiente de la ciudad quedaba cautivado por el sonido de música barroca que provenía de no sé que ocultos altavoces.

Era el tiempo, además, de los festivales de verano. Cuando Dubrovnik vestía sus galas más delicadas. En esos días la ciudad bullía de representaciones y conciertos que cada noche inundaban palacios, plazas y fortificaciones. El torbellino inundaba la mente y el corazón del visitante, le insuflaba un credo en el pasado fundado en la realidad que le rodeaba. Como un viaje en el tiempo.

El ambiente era cálido, pero no bochornoso. Calidez en la

temperatura física y calidez en lo espiritual.

Desde Pile mismo se iniciaba una caminata que conducía hacia la parte marítima de las murallas. Y allí el espectáculo rallaba en lo angélico: todos los tejados de Dubrovnik como un tapiz. Al fondo, las torres de San Francisco, de Santa Lucía, de



Santa Bárbara, la redonda de Santiago. A la derecha el fortín de San Lucas, donde antiguamente se guardaban las cadenas que

cerraban de noche el acceso al puerto. Y sobre todas ellas el castillo Minceta. De espaldas quedaba el mar, el Adriático, exhalando un ambiente fresco, con un incesante flujo y reflujo de caricias sobre las murallas. Terso, brillante.

Luego podía volverse hacia la Placa. Esta calle, en otro tiempo llamada “Estadrum”, recorría de punta a punta la ciudad. Cuando Dubrovnik era dos ciudades, el actual emplazamiento de la Placa era una canal marino que las separaba. Los edificios que observaba a uno y otro lado de la calle guardaban una uniformidad envidiable fruto de un edicto que obligaba a ello y que aún sigue vigente. La Placa debería ser inviolable y lo ha sido durante siete siglos, hasta el episodio de la guerra balcánica última. La Sinagoga, la Torre del Reloj, la Fuente de Onofrio, son el retablo que enmarca la plaza final que acoge la Columna de Rolando, levantada en memoria del apoyo que este personaje otorgó a los habitantes de Dubrovnik en su lucha contra los piratas que infectaban el Adriático.

Desde ese lugar, desde la Placa, mezclándose con la barahúnda humana, era posible visitar los principales monumentos de la ciudad. Todos cercanos, todos accesibles.

Era el momento de penetrar en el Convento Franciscano, con su fresco claustro, sus galerías románicas y el olor penetrante a tierra ajardinada, a plantas cuidadas al abrigo de los rigores estivales. Justo en la entrada accedí a la farmacia más antigua del país, abierta al público desde 1317. En sus anaqueles podían contemplarse frascos de porcelana que contenían las fórmulas magistrales para el consumo de los pacientes de muchos siglos atrás. Y libros, miles de libros, algunos de ellos incunables de valor infinito para el conocimiento del hombre.

Unos metros más abajo, a través de una calle lateral, llegué al

renacentista
Palacio de los
Rectores. En
realidad esta
edificación que
fue castillo
defensivo,
palacio y final
residencia del



rector magnífico de la ciudad, es una amalgama de estilos diversos, merced a los diferentes avatares en forma de incendios, terremotos y otras calamidades que ha tenido que soportar a lo largo de su ya dilatada historia. Las huellas de buena parte de estos incidentes permanecían todavía visibles y animaban la ya de por sí interesantísima visita a las dependencias interiores, ocupadas modernamente por el museo histórico de la ciudad.

Hollar el pavimento de la Catedral barroca del siglo XVII que contrasta con el resto de la ciudad, mucho más vieja que ella, me resultó especialmente atractivo. En este caso, la fascinación no nacía del bello pero relativamente reciente Edificio (Siglos XVII y XVIII), sino del hecho de que se levantara sobre la anterior catedral, destruida en 1667 por un terremoto, que mandó construir Ricardo Corazón de León con la intención de dar gracias Dios por haberle salvado la vida en medio de una



tempestad, cuando regresaba de sus correrías por Tierra Santa.

Finalmente, llegué al fondo de la Placa, hasta el Palacio Sponza, lindado al puerto, con una escalinata de mármol de inconcebible diseño, donde se conservan los archivos de la ciudad desde el siglo XIII... Toda la historia del lugar en su materia prima: Los documentos originales.

Y, al caer la noche, resultaba imprescindible tomar el teleférico hasta el monte de San Sergio y extasiarse con el panorama de una ciudad débilmente iluminada por antorchas, con una luna ahogando de plata líquida el mar, dando relieve al conjunto... Y un suspiro de música clásica me llegó imperceptiblemente desde algún lugar lejano, mezclándose con el murmullo vivo de los habitantes de Dubrovnik...

REGRESO DEL CAOS

Afortunadamente todo eso hoy vuelve a ser posible. La ciudad, más allá de la guerra, curó sus heridas y vuelve a ser lo que era. Turistas de corazón fuerte vuelven a pisar el pavimento marmóreo de la Placa. Y lo único que recuerda que aquella ciudad

fue martirizada por los bombardeos servios es la multitud de parches de piedra recién pulida que abundan en fachadas y escalinatas.

Dubrovnik
vive de nuevo,
como renació de
árabes, venecianos
y austríacos.

Pero que
nadie olvide el
origen de su última
muerte.

Para qué no vuelva a repetirse.

Antonio Fuster Juárez.

